Depende: Gaza

Stuart Reigeluth

La separación de Gaza sí era previsible. De hecho, la franja lleva 60 años así. Hamás ha acelerado las cosas, ante el cambio de régimen *que se preparaba contra su Gobierno, elegido democráticamente. Sin embargo, pese a las diferencias entre los islamistas y los laicos, la crisis palestina no degenerará en una guerra civil abierta, aunque sus desesperados habitantes sí pueden esperar la fragmentación total de los territorios ocupados en un cúmulo de* bantustanes*. La solución de* dos Estados *nunca estuvo tan lejos.*

“Su separación era imprevisible”

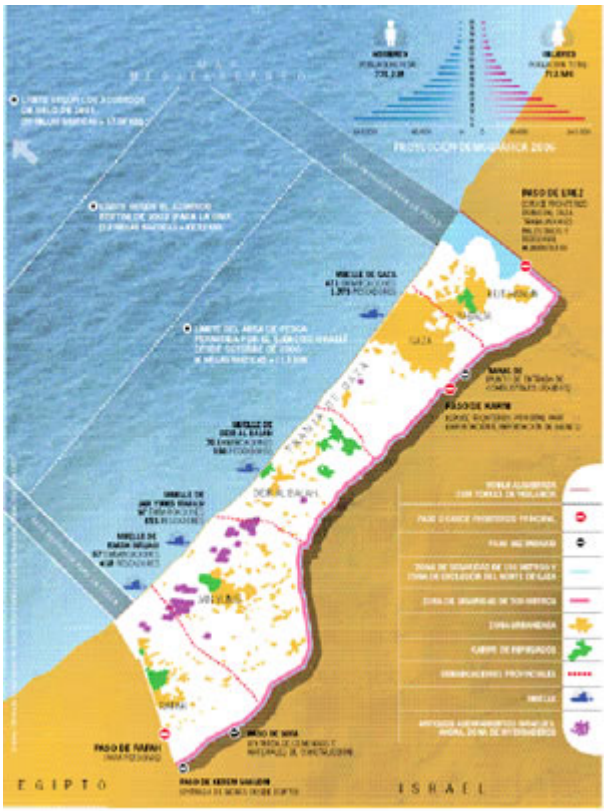
En absoluto. Lleva mucho tiempo así.
Lo novedoso es que ahora son los propios palestinos quienes han consolidado la fractura. Los territorios ocupados han estado divididos geográficamente desde la guerra de Palestina o de independencia israelí (1947-1949). Después, Gaza estuvo bajo jurisdicción de El Cairo, mientras Ammán administraba Jerusalén Este y Cisjordania. Los distintos sistemas legales se mantuvieron tras la ocupación por Israel de todo lo que quedaba de Palestina en 1967.

El Movimiento de Resistencia Islámico (Hamás) controla ahora Gaza. Pero no ha sido –como pretenden, entre otros, el presidente de Autoridad Nacional Palestina (ANP), Mahmud Abbas– un golpe de Estado: primero, porque no existe tal Estado, y segundo, porque el de Hamás es el Gobierno elegido en las urnas (obtuvo una victoria arrolladora en las legislativas de enero de 2006). Ante la evidencia de que se avecinaba un *cambio de régimen pacífico* pergeñado gracias a la colaboración entre EE UU, la ANP e Israel, Hamás respondió de manera preventiva al crecimiento militar de Al Fatah. El partido islamista interpretó el despliegue de las fuerzas de seguridad leales al presidente en los pasos fronterizos de Rafah y Karni –previsto para el corredor

de Filadelfi, en la frontera con Egipto– como una amenaza encaminada a su derrocamiento, y actuó en defensa propia, como cabía esperar.

“Gaza sola no tiene viabilidad”

Correcto, en la práctica. Pero en teoría, tendría mucha viabilidad, si no boicotearan al Ejecutivo de Hamás. Gracias al despliegue (ya sin pasamontañas) de la rama militar del movimiento islamista (las Brigadas Ezedin al Kassam), el primer ministro Ismail Haniya logró, al menos al principio, imponer la ley y el orden entre los 1,4 millones de habitantes de la franja de Gaza. Es un territorio manejable, de 360 kilómetros cuadrados, frente a los 5.860 kilómetros cuadrados y los más de tres millones de personas que viven en Cisjordania (300.000 colonos judíos entre ellas). Además, Haniya ha invitado a integrarse en sus fuerzas de seguridad a los pocos fieles a Abbas que no han abandonado Gaza, y está deseando volver a negociar con el presidente de la ANP para reconstruir el Gobierno de unidad.



Descargar Imagen ampliada

Pero los hechos van por otro camino. Hamás acabará más aislado que nunca. Sus apoyos diplomáticos y financieros (Siria e Irán) no benefician a su imagen de moderación en Oriente Medio. Egipto, país vecino y clave para las negociaciones, teme que la influencia islámica se extienda por la península del Sinaí y limita la huida de palestinos a campos de la Cruz Roja en la frontera con la franja. Para restringir las repercusiones regionales, El Cairo ha trasladado su representación diplomática de Gaza a Ramala, aunque sí media entre las facciones.

No hay que confundirse, Israel no invadirá Gaza otra vez: el precio político resulta demasiado

alto. Una pérdida sustancial y previsible de tropas israelíes sería un suicidio político. Eso sí, con el perfecto pretexto ofrecido por la toma islamista del poder en la franja el 14 de junio pasado, Israel volverá a atacar el territorio –como ya ha empezado a hacer–, una alternativa más perjudicial si cabe. Hamás contestará. Y vuelta a empezar. Pero el grupo islamista ha sobrevivido antes y sobrevivirá ahora. Y si no es con esta generación, será con la siguiente.

“Hay una guerra civil palestina”

No. A primera vista, podría parecer que la lucha entre Hamás y Al Fatah se encamina hacia una guerra civil abierta. Pero no es así. Se trata de una batalla sangrienta por el control de las fuerzas de seguridad. La guardia presidencial se ha convertido en una milicia más, cuya consolidación provocó una contundente respuesta islamista: la creación de la Fuerza Ejecutiva (una policía paramilitar paralela) por parte del ex ministro del Interior del Gobierno de Hamás, Said Siyam.

El anhelo de venganza entre las fuerzas de Hamás y Al Fatah viene de lejos, y es un síntoma de la disputa histórica entre ambas facciones, que se escenifica ahora con más violencia que nunca. El intenso combate por el poder no va a parar, pero ambos bandos han descartado iniciar un conflicto civil. No existe una división social severa que enfrente a partes sustanciales de la población y la apuesta electoral por Hamás tampoco era una repentina manifestación popular en pro de un regreso a los fundamentos del islam, sino una muestra de profunda frustración.

En lugar de una guerra fratricida, lo que puede

esperarse a largo plazo es una fragmentación de los territorios. Primero, con toda probabilidad, aparecerán en toda Palestina clanes militarizados como el de la familia Durmush, en Gaza (conocido también como el Ejército del Islam), que secuestró al periodista británico Alan Johnston en la franja. Más tarde, si llegara a implantarse el plan ideado por Washington –que pondría a los gobernadores municipales bajo las órdenes de Abbas, dejando de lado al Ministerio del Interior del Gobierno de Hamás–, se produciría el aislamiento total de las poblaciones en todos los territorios ocupados. De hecho, las medidas anunciadas en mayo por Estados Unidos (*benchmarks*, una serie de *líneas rojas* de ejecución de objetivos y plazos para reformar el sector de seguridad palestino) ya calificaban las ciudades de Cisjordania de *clusters (bantustanes)*, un término muy revelador de la condición palestina.

“La desconexión israelí tiene la culpa”

En buena parte. La *desconexión* israelí de la franja de Gaza en agosto y septiembre de 2005 salió bien… sólo al principio. Las milicias palestinas observaron el alto el fuego de forma unánime, mientras se evacuaba a los colonos judíos y se retiraba el Ejército israelí. Los habitantes de Gaza celebraron el final repentino de 38 años de ocupación militar, en lo que consideraron un primer paso hacia un Estado soberano. Sin embargo, su alegría duró poco. Las cosas se torcieron en seguida, debido a que los israelíes se retiraron de forma unilateral, sin coordinarse con la Autoridad, que no estaba preparada para hacer frente a los requisitos básicos de seguridad. Las milicias cantaron victoria, en particular Hamás. Poco después, Musa Arafat, responsable de las fuerzas de seguridad de la ANP en Gaza, fue asesinado e Israel decidió sellar la franja, lo que agravó sus ya acuciantes problemas económicos.

Por último, desde la aplastante victoria de Hamás en las legislativas de enero de 2006, el boicot contra el Ejecutivo de Ismail Haniya, ahora confinado en Gaza, ha sido constante. Mientras, Estados Unidos y la Unión Europea han levantado las sanciones y canalizan hacia Abbas y Al Fatah los fondos antes retenidos. Incluso Israel liberó los 550 millones de dólares (408 millones de euros) de la ANP que mantenía congelados desde la victoria de Hamás.

Es preciso recordar que es Israel el que hizo posible el éxito de Hamás: durante años apoyó implícitamente el surgimiento del grupo, en contra de los esfuerzos de Yasir Arafat, a quien el Estado judío rechazó siempre como “socio de paz”. Pero cuando la “resistencia” armada del movimiento empezaba a dar fruto con las Intifadas, Israel inició su política de asesinatos selectivos de dirigentes islamistas. En mayo pasado amenazó con eliminar al primer ministro Haniya, y a Jaled Meshal,

dirigente del Movimiento exiliado en Siria.

Pero, como en la lucha en el sur de Líbano contra Hezbolá (que también nació como resultado de la ocupación), el Gobierno israelí está librando una guerra en Gaza que no puede ganarse por medios militares convencionales. Los palestinos han pagado un precio descomunal por los intentos de derrocar a Hamás: la franja de Gaza sigue siendo una auténtica cárcel y, desde el punto de vista humanitario, la situación es, dos años después de la desconexión, sencillamente catastrófica. Además, el deseo de Al Fatah de recuperar Gaza presagia una violencia sin precedentes contra Hamás.

“El poder de Hamás se extenderá a Cisjordania”

Todavía no. Ninguna de las facciones palestinas está preparada para una lucha abierta en Cisjordania. Perdida Gaza, las represalias de Al Fatah se dirigen a los miembros de Hamás en ese territorio, pero quedan pocos. La mayoría de los diputados del partido y varios de sus funcionarios están en cárceles de Israel, gracias a que su Ejército disfruta de una movilidad para realizar incursiones y detenciones en Cisjordania que no tiene en Gaza (donde sólo puede internarse 800 metros). Además, precisamente porque la toma de la franja se percibe en EE UU como una victoria para Siria e Irán, con el riesgo de que Hezbolá imite a Hamás en Líbano, Washington no permitirá que los islamistas se hagan con el poder en Cisjordania. A corto plazo, Al Fatah tampoco podrá consolidar su control de Cisjordania: sigue dividido, sin liderazgo fuerte e incapaz de imponer orden. Sus principales líderes están en la cárcel (Maruan Barghuti) o se les considera débiles (Abbas y su primer ministro, Salam Fayad) o se les desprecia por haber evitado la lucha en Gaza (Mohamed Dahlan y su lugarteniente Rashid Abu

Shbak, ausentes cuando Hamás tomó el poder).

Por ahora, el brazo armado del Movimiento y otros militantes islamistas (no se sabe con certeza cuántos) permanecen en la clandestinidad, y sólo saldrán cuando consideren que ha llegado el momento de relanzar una Intifada en Cisjordania. Sobre todo, podrían reiniciar los ataques contra Israel con misiles o *bombas humanas* desde los territorios ocupados para impedir el éxito de un acuerdo de paz entre Israel y Abbas. Si no lo hace Hamás, será otro grupo más radical.

“Estados Unidos y Europa se equivocan”

Sí. El objetivo debería ser lograr un acuerdo final entre israelíes y palestinos, no castigar a un movimiento por haber ganado unas elecciones democráticas celebradas a petición de Occidente. Sin embargo, Washington ha estado proporcionando apoyo sólo a las fuerzas de Al Fatah, leales a Mahmud Abbas, a través del coordinador de seguridad estadounidense, el general Keith Dayton. La mayor parte de los 60 millones de dólares (unos 45 millones de euros) aprobados a principios de abril de 2007 por el Congreso estadounidense para el plan de Dayton están empleándose en la formación y el equipamiento de los efectivos del presidente de la ANP. Esta política de apoyo exclusivo a Al Fatah sólo incrementará el enfrentamiento entre facciones.

Mientras, los europeos actúan como meros vasallos de Estados Unidos. La Unión Europea, a través de la Misión de Asistencia Fronteriza en Rafah (EUBAM-Rafah), de carácter civil, se comprometió a mantener abierto y vigilar el vital paso de Rafah, en la frontera Sur. Este acceso, cerrado en junio de 2006 por Israel, es imprescindible para que los habitantes de Gaza obtengan en Egipto los tratamientos médicos que hasta entonces facilitaba el Gobierno israelí. Desde ese momento, la UE se limitó a poner en práctica la política israelí de cierre en la franja y desde el 14 de junio ni siquiera eso, ya que no han querido colaborar con la Fuerza Ejecutiva de Hamás

que ha asumido el control de todas las fronteras.

Además, Bruselas, que una vez afirmó que la victoria electoral de los islamistas era “democrática y limpia”, ha pasado a reconocer al Gobierno de emergencia creado por Mahmud Abbas. Este giro radical muestra una vez más la ausencia de una política exterior europea coherente y no sirve más que para afianzar en el mundo árabe la idea de su connivencia en el hundimiento de Hamás, que seguirá luchando hasta que Palestina sea libre.

El Viejo Continente carece de legitimidad desde el momento en el que perdió el ingrediente esencial de su misión en Gaza: el de ser un tercero imparcial. Las implicaciones del caso palestino repercutirán en todo Oriente Medio y por ello es preciso que la UE recupere un cierto grado de neutralidad. En este sentido, lo primero que tendría que hacer Bruselas es reconsiderar su política hacia los palestinos y presionar a Israel para reabrir el paso de Rafah –el primer punto del Acuerdo sobre Movimiento y Acceso firmado por Israel y la ANP en noviembre de 2005–, lo cual aliviaría mucho la situación humanitaria en la franja.

“La ANP desaparece y vuelve la OLP”

Es lo más probable. El boicot internacional a Hamás no sólo ha desprestigiado la democracia en Oriente Medio, sino que, al marginar a varios ministerios de la ANP, ha acabado facilitando la caída del frágil Gobierno de unidad nacional y ahora, tal vez, el colapso institucional de la Autoridad. Por ejemplo, el Mecanismo Internacional Provisional (MIP), aprobado por Israel, respaldado por Estados Unidos y ejecutado por la Unión Europea, ha sustituido en la práctica al Ministerio de Finanzas desde el verano de 2006, y a través de él se

canaliza todo el dinero procedente del extranjero, en vez de ir al fondo único de la Autoridad. De hecho, Washington abrió una cuenta única para la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), en la que Qatar, Arabia Saudí y Noruega ya han ingresado millones de dólares, mientras Bruselas transfiere fondos al Gobierno de emergencia de Abbas, quien eliminó tres preceptos de la Ley Básica para permitir que su Ejecutivo se sostuviera sin el apoyo de un Parlamento controlado por Hamás (con la mayoría de sus diputados encarcelados en Israel).

La resurrección de una OLP modificada repercutiría en la estabilidad estructural de la ANP. La posible inclusión de Hamás en esa organización parece más lejana que nunca: no habrá un reparto de poder que el grupo islamista pueda aceptar. Y dado que EE UU apoya exclusivamente a Abbas, lo más probable es que renazca la OLP bajo la máscara de la Autoridad y que no se pueda reanimar al Gobierno de unidad.

“La solución de ‘dos Estados’ está muerta”

Casi. La solución de *dos Estados*
(Israel y Palestina) parece más inviable que nunca, dado que el primero no quiere negociar con los "terroristas" del Gobierno de Hamás –legítimo–, sino exclusivamente con el Ejecutivo nombrado por decreto por el también legítimo presidente de la ANP en Cisjordania, y que los palestinos están creando dos Estados dentro de lo que queda de su patria. Además, hará falta mucha creatividad israelí e imaginación palestina para elegir dónde ubicar la capital del nuevo Estado. El "proceso de paz" que Israel pretende iniciar no será más que un tratado de seguridad para este país (y los 300.000 colonos judíos de Cisjordania) y un acuerdo de estabilidad para los palestinos de esa parte de los territorios ocupados. Por mucho que se empeñen, la paz definitiva entre Israel y Palestina no es posible sin la inclusión de Hamás. Sin la paz, ¿qué sería de Palestina? Es muy probable que Cisjordania sea completamente incorporada (como Jerusalén Este) a Israel.

Pero, en ese caso, éste ya no podrá definirse como un Estado democrático y judío: la incorporación de más de tres millones de palestinos cambiará el equilibrio demográfico y emergerá un Estado binacional. Y no está claro que este escenario convenga al interés nacional de Israel.

Claro que las cosas podrían ser de otra manera. A pesar de la desastrosa situación en Gaza, los palestinos habían conseguido crear un Gabinete de unidad. Si Israel y la comunidad internacional dieran a Hamás la oportunidad real de gestionar, la reconciliación entre los movimientos islamistas y laicos podría ser un ejemplo para todo Oriente Medio. El diálogo diplomático podría extenderse por la región y convertirse en el preludio de una nueva era de mediación y moderación. El mundo árabe ha aceptado a Israel y la solución de los *dos Estados*, no tres. Más vale que vuelvan a la idea original.

¿Algo más?

De la plétora creciente de libros sobre la controvertida política de Hamás destacan cuatro títulos, dos de ellos disponibles en castellano. En ***Hamás: la marcha hacia el poder*** (Catarata, Madrid, 2007), primer libro en español sobre el grupo islamista, la profesora de la Universidad Complutense de Madrid, Carmen López Alonso, recapitula su creación, evolución y elección en las urnas. La autora describe el "giro pacífico" del movimiento, al convertirse en partido político oficial, e insinúa su apoyo al diálogo diplomático. Desde una perspectiva estadounidense, Matthew Levitt escribe en ***Hamás: política, beneficencia y terrorismo al servicio de la 'yihad'*** (Belacqua, Barcelona, 2007), sobre los desafíos que representa el grupo "terrorista" (incluso para los propios palestinos) y aporta recomendaciones específicas para derribarlo, además de analizar las redes financieras, sociales y militares que consolidaron el poder político del Movimiento de Resistencia Islámico.

Michael Irving Jensen ofrece en ***The Political Ideology of Hamas*** (I. B. Tauris, Londres, que se publicará en 2008, traducido del danés al inglés) "una perspectiva popular", tras realizar entrevistas reveladoras y fascinantes con dirigentes nacionales de Hamás y líderes locales de un club de fútbol, además de analizar las actividades académicas y las obligaciones religiosas en la Universidad Islámica de Gaza. Azzam Tamimi también elabora una visión global del grupo en ***Hamas: A History from Within*** (Olive Branch Press, Michigan, EE UU, 2007).

Para acceder a una investigación desconcertante sobre la fabricación y el tráfico de armas a través de los túneles subterráneos que unen la franja de Gaza con Egipto, véase el documental de ***Al Yazira Hamas' Izz Al-Din Al-Qassam Brigades. Training and Ideology*** (julio 2006), disponible en www.memritv.org/search.asp, en el que el periodista Iyad al Daud entrevista también al líder del brazo armado de Hamás, las Brigadas Ezedin al Kassam, Mohamed al Deif.

Fecha de creación
31 julio, 2007